

TRABAJO Y MUNDOS DE VIDA

Enrique de la Garza Toledo

1. El problema de la centralidad de la clase obrera

En el marxismo clásico hay una clara centralidad de la clase obrera como posible sujeto transformador del capitalismo. Los fundamentos de dicha centralidad son tres: por un lado, en términos estructurales, por estar ubicada en relaciones de producción fundamentales en el modo de producción capitalista (relaciones de producción caracterizadas por una contradicción estructural en torno a la extracción de plusvalía, la fuerza de trabajo genera más valor del que vale). En segundo término, la clase obrera en el capitalismo sería la verdadera generadora de la riqueza social y con ello potencialmente más capacitada para crear una sociedad alternativa. Y, en tercer lugar, lo que podríamos considerar un aspecto poco desarrollado pero presente en el marxismo clásico: el compartir la clase obrera espacios comunes de experiencia que le darían homogeneidad subjetiva, al menos potencialmente. Una lectura complementaria, pero no compartida por el marxismo-leninismo sería el ver a la clase obrera en confrontación con el capital por el poder dentro de los procesos de trabajo.¹

1. Luis Javier Melgoza, *Cultura sindical en el SME*, tesis en opción al grado de Maestro en Sociología, UAMI, 1992.

Es posible que en el marxismo clásico se encontraran suficientes elementos —no todos igualmente desarrollados— para haber llegado a una conceptualización compleja de la teoría del sujeto histórico sin reduccionismos estructuralistas. Pero esta tarea sólo se realizó en forma muy incompleta y no a través del marxismo que dominó en el siglo XX, el marxismo-leninismo. En esta versión se opacaron los componentes sociológicos del marxismo clásico y quedaron olvidados en aras de una visión estructuralista de la sociedad y de la clase obrera. Es cierto que el mismo Marx había dado pie a estas interpretaciones (por ejemplo la visión de la historia que se desprende de una lectura parcial de la *Introducción* del 57 que puede ser traducida en una visión muy desubjetivada del cambio social), aunque en otros momentos adquiere caracteres no deterministas ni estructuralistas (las tesis sobre Feuerbach). En el primer sentido se encuentra el famoso pasaje de la *Miseria de la filosofía*, en donde Marx habla de la conciencia que la clase obrera tiene que adquirir, impulsada por su verdadero ser (situación estructural), y que sirvió de hilo conductor a Lenin y a Lucaks para establecer su teoría de la conciencia de clase y el papel del partido en este proceso: la clase obrera paradójicamente en la versión de Lenin no podía por ella sola adquirir esa conciencia de clase, que según Marx tendría que estar impulsada por su verdadero ser. Para ello tenían que intervenir los elementos ajenos a la clase (intelectuales partidarios, poseedores de la teoría marxista) encargados de llevar la conciencia desde fuera.

Esta línea genética del marxismo-leninismo, con respecto de la constitución de la clase obrera como sujeto histórico, tiene graves deficiencias analíticas:

— Un situacionismo estructuralista homogeneizante. Es decir, la situación estructural abstracta (productor de plusvalía o explotado por el capital) determinaría en última instancia la aceptación de visiones del mundo.

— Una función exagerada de los partidos con ideologías sistemáticas en los procesos de subjetivación de la clase obrera.

— Un olvido o desprecio por las mediaciones entre situación estructural y subjetividad. En especial el concepto de falsa conciencia sirvió para despreciar y evitar analizar las subje-

tividades cotidianas, fosilizadas, etc. que juegan en la constitución de las visiones del mundo.

— Una ignorancia de los procesos concretos de creación y recreación de subjetividades.

Aunque para el marxismo dominante (dejamos fuera las iluminaciones tan actuales de un Gramsci) los procesos de subjetivación colectiva quedaron simplificados al extremo, lo cierto es que la clase obrera con sus partidos y sindicatos (reformistas o revolucionarios) constituyó en el siglo XX sujetos políticos centrales. En algunos países se asoció a la obrerización de la sociedad (norte de Europa), en otros a las capacidades de hegemonizar a otras clases sociales (Rusia). Es decir, toda una época del capitalismo fue marcada por las luchas que giraron en torno a las pugnas entre capital y trabajo. Éstas se desarrollaron por la vía de las concertaciones corporativas o bien por el enfrentamiento y la revolución, pero la centralidad del conflicto capital-trabajo estaba clara.

Pero a partir de la década de los setenta, vivimos en una crisis acompañada por una gran transformación de la clase obrera, sus partidos y sus organizaciones. Sin embargo, no se trata de la crisis que señaló Lenin para el movimiento obrero internacional, ni de aquella, con carácter general, del capitalismo de los años veinte. Se define más bien, por un lado, como crisis del Estado interventor-benefactor (el movimiento obrero social-demócrata se había fortalecido en la relación corporativa con el Estado social y los movimientos clasistas encontraban en ese mismo Estado un interlocutor y vehículo para obtener logros materiales para los trabajadores). Pero también la reestructuración productiva con las transformaciones en la vida del trabajo y en el mercado de trabajo cambió la composición de la clase obrera. En estas circunstancias se han vuelto populares hipótesis como las de Offe,² quien plantea la imposibilidad de una nueva identidad de la clase obrera, principalmente por la pérdida de centralidad del mundo del trabajo, entre los mundos de vida de los trabajadores, además de la

2. C.R. Walker y R.H. Guest, *L'operario alla catena di montaggio*, Franco Angeli, Milán, 1976.

aparición de las nuevas y profundas heterogeneidades entre los asalariados, tales como:

— Una gran diversificación de niveles salariales, calificaciones, contenidos del trabajo, condiciones de seguridad, estatus, cargas y formas de comunicación laborales.

— En otro nivel, una nueva y gran segmentación del mercado de trabajo con gran importancia de los trabajadores de cuello blanco, la producción no capitalista en pequeñas empresas, y la tercerización.

— Adicionalmente, una fragmentación de los mundos de vida de los trabajadores, con mayor importancia para éstos de los mundos que no son del ámbito laboral. Algo que se ha asociado con el paso de una ética del trabajo al hedonismo del consumo.

Es interesante observar cómo coinciden las agudas observaciones de Offe en algunos aspectos con las críticas postmodernas. Sin embargo, dejan en la oscuridad cuestiones como las siguientes:

— La fragmentación de los mundos de vida de los trabajadores no es producto exclusivo de la sociedad postindustrial. En el siglo XIX los trabajos de Thompson o de Hosbawn nos muestran una clase obrera no tan integrada entre la fábrica y el tugurio obrero como supone Offe. Las heterogeneidades, desfases e incluso discontinuidades en mundos de vida estaban también presentes. En el siglo actual en los países desarrollados, el mundo de vida obrero de la reproducción social fuera del trabajo se volvió transclasista y en los Estados Unidos el de los obreros se confundió con el de la clase media.

— El hedonismo del consumo no es característico del período actual. Durante el anterior, en los países desarrollados, hay lo mismo una ética del trabajo (cuestionada por otra parte por autores como Goldthorpe) que hedonismo del consumo. Además, la anulación de la supuesta ética del trabajo propia del taylorismo, que otros ven más asociado a aspectos instrumentales y sin componentes morales importantes, se ha ido sustituyendo a partir de los ochenta por la inducción de una

ética explícita y colectiva, con la adopción a nivel internacional de las doctrinas japonesas de organización y cultura laboral que apuntan en sentido opuesto al que diagnostica Offe.

Ahora bien, los cambios estructurales de la clase obrera son ciertos: aumento del trabajo de cuello blanco con respecto del de producción; incremento de la importancia de los servicios y del trabajo femenino; precarización de una parte de los empleos, y flexibilización en las relaciones laborales, así como cambio en contenidos del trabajo y las calificaciones.

En América Latina en la última década también han habido cambios importantes en la fuerza de trabajo. Sin embargo, la importancia de los asalariados en la población económicamente activa no ha variado, siendo mayoritaria en prácticamente todos los países de la región. Asimismo, la proporción de asalariados en la manufactura con relación al total de asalariados no ha cambiado en los últimos diez años, aunque nunca han sido la mayoría. Pero sí hay tendencias a la feminización, a la tecnificación, al incremento del personal administrativo y a la caída de los trabajadores directamente en producción.

De la misma forma se ha incrementado el trabajo informal, aunque el trabajo en el sector público mantiene sus niveles históricos. Es probable que el cambio estructural de la clase obrera en América Latina en los últimos diez años haya tenido efectos inmediatos como los siguientes:

— El paso de una parte de los trabajadores sindicalizados o sindicalizables a trabajadores no asalariados (por ejemplo cuentapropistas).

— El incremento en los trabajadores asalariados con menores tradiciones de sindicalización: técnicos, cuellos blancos, mujeres, de microempresas, asalariados en el sector informal. Hay que aclarar que el que tengan menores tradiciones de sindicalización no significa que no sea posible organizarlos.

2. Experiencia de trabajo e identidad

Los cambios mencionados en la clase obrera plantean problemas teóricos con respecto a la constitución de subjetividades e identidades colectivas como los siguientes:

— ¿Cuál es la importancia actual de la experiencia de trabajo en la constitución de subjetividades e identidades? Considerando que, en forma contraria a algunas predicciones en exceso optimistas, no se ha constituido la sociedad del no trabajo; además de que la disminución del tiempo de trabajo a nivel internacional no es significativa y, por el contrario, hay países en los cuales la jornada ha aumentado por la vía del horario extraordinario o por efecto de la «nueva ética del trabajo». Por otra parte, la recomposición de la clase obrera, e incluso el paso de destacamentos de trabajadores a ser parte de los no asalariados, no implica para ellos que el mundo del trabajo haya desaparecido.

— ¿La compartimentación entre los mundos de vida es un obstáculo absoluto para la conformación de identidades colectivas? ¿Qué significa compartimentación y de qué depende la articulación entre mundos de vida?

— ¿La heterogeneidad evidente entre la clase obrera es un obstáculo absoluto para la identidad?

Dejando aparte las discusiones metateóricas, hay dos tradiciones en las ciencias sociales especializadas que remiten al problema de la relación entre trabajo, subjetividad e identidad, aunque en estas tradiciones no siempre se haga referencia a conceptos y preocupaciones prácticas relacionadas con la constitución de sujetos sociales. Una de ellas es la de la sociología del trabajo y la otra refiere a la historia inglesa del movimiento obrero.

La discusión clásica en la sociología del trabajo no tiene detrás la preocupación por la constitución de sujetos políticos sino que permanece en el plano de la investigación sobre la relación entre características del trabajo y aspectos subjetivos tales como la motivación, la satisfacción e incluso la alineación de los obreros. En cambio, la segunda perspectiva, al

orientarse explícitamente a analizar las determinantes en la constitución de sujetos obreros, incorpora en este marco al mundo del trabajo (en esta última preocupación habría que colocar los estudios del primer Touraine desde su propia teoría de la acción).

En la tradición de la sociología del trabajo las posiciones fueron bien resumidas por un lado por Walker y Guest y por el otro por Goldthorpe: normas y valores se generan en el mundo del trabajo para los primeros vs. provienen de la sociedad global y se transfieren al mundo del trabajo para el segundo. Walker y Guest consideraron³ la tecnología como la variable independiente fundamental relacionada con los contenidos del trabajo y con actitudes y comportamientos de los trabajadores (por ejemplo con la satisfacción en el trabajo). Para estos autores la relación entre la tecnología y aspectos de la subjetividad obrera se daría por mediación del contenido de las tareas e indirectamente por la estructura social y la organización de la fábrica. Señalan, particularmente, que los procesos laborales tayloristas-fordistas (trabajo segmentado, repetitivo, estandarizado y medido) provocan que el 90 % de los trabajadores tengan una percepción negativa del trabajo (por las cargas, la fatiga, tareas no interesantes en las que no se pone en juego la iniciativa), aunque reconocen que los trabajadores se ven compensados en las fábricas automotrices norteamericanas de los sesenta por los altos salarios y la seguridad en el empleo. Sin embargo, la insatisfacción y el rechazo al trabajo habrían provocado ausentismo, rotación y sabotaje a la producción.

Blauner,⁴ por su parte, no se planteó estrictamente el problema como Walker pero reconoció la influencia de la estructura laboral, en particular de la tecnología utilizada y la organización del trabajo, relacionada con la pérdida de poder del obrero sobre su trabajo, con la desafección (no identificación del obrero con los fines de la producción) y con una actitud instrumental (el trabajo es visto por el obrero estrictamente sólo como un medio para ganarse la vida). Es decir, las carac-

3. *Ibíd.*

4. R. Blauner, *Alienation and Freedom*, U. of Chicago Press, 1964.

terísticas del trabajo sí determinarían valores, actitudes y comportamientos de los trabajadores.

Goldthorpe⁵ pensó también que la tecnología era responsable de la monotonía y la insatisfacción en el trabajo. Por ello el obrero automotriz era el prototipo del militante obrero. Pero la satisfacción de estos trabajadores con el salario y la seguridad en el empleo no se asociaba con una mayor identificación, de tal suerte que a mayor insatisfacción con el trabajo no correspondía una menor lealtad con la empresa. Su explicación se basaba en los valores que el trabajador había introyectado de la sociedad global: una actitud instrumental con respecto al trabajo que no dependía de la experiencia de trabajo y un privilegio por los trabajos que permitían mayor consumo independientemente del contenido de los mismos. Es decir, para Goldthorpe el mayor valor social en Inglaterra en los sesenta era el consumo y no la satisfacción en el trabajo; había por tanto una sobredeterminación de los valores sociales sobre aquellos que pudieran derivarse de la experiencia de trabajo.

También hubo intentos clásicos por vincular al mundo del trabajo con aspectos de la subjetividad y la identidad de los obreros en el marco de América Latina. Torcuato di Tella,⁶ intentó explicar las diferentes mentalidades obreras (aceptación de valores sociales y participación sindical) en función de variables de estratificación social, así como de las identificaciones grupales, las relaciones de los obreros con los supervisores y las amistades entre trabajadores.

Touraine,⁷ con preocupaciones cercanas al problema de la conformación de sujetos históricos, partía del mundo del trabajo para tratar de explicar la constitución de la conciencia obrera. En esta medida analizó lo que llamó el sistema de acción en la fábrica en tres niveles: el de la acción del obrero individual vinculado a la satisfacción en el trabajo, como relación entre lo que se tiene y lo que se desea; el del obrero en la empresa como parte de un sistema social (en el sentido fun-

5. J. Goldthorpe, «Attitudes and behavior of car assembly worker: a deviant case and a theoretical critique», *American Sociological Review*.

6. T. Di Tella, *Sindicato y comunidad, y estructuras sindicales*.

7. A. Touraine, *La conciencia operaia*, Franco Angeli, Milán, 1975.

cionalista) que busca su adaptación a través de la contratación colectiva y la negociación, todo esto inscrito en un sistema de relaciones industriales, y el del obrero inserto en la historicidad, es decir, el obrero como sujeto histórico con una conciencia derivada de su situación de trabajo, de donde surge la exigencia por el control del proceso de trabajo y de la creación de instrumentos y de los productos. Es decir, el control obrero sería la base del antagonismo y de la conciencia obrera que implica una identidad (de pertenencia, de función social y de reivindicación), una oposición (identificación de enemigos) y una concepción de totalidad (sale de la fábrica para apoderarse del modelo cultural).

En ésta medida, la conciencia obrera no es principalmente imágenes y representaciones sino proyectos. De cualquier manera, en este primer Touraine que llega hasta 1968 hay una clara centralidad del trabajo en la constitución de la conciencia obrera.

En una tradición teórica diferente a la de Touraine pero también preocupada por la constitución de sujetos históricos está la historia inglesa de la clase obrera. En ésta hay también un rechazo a la versión leninista de la conciencia de clase como correspondencia necesaria entre estructura y subjetividad y de la conciencia que llega desde fuera. Por el contrario, los sujetos históricos se constituyen en procesos complejos de formación de clase que pondrían en juego aspectos objetivos junto a los subjetivos, en espacios diversos de la experiencia obrera. Como proceso, los espacios se rearticularían sin formar sistemas, sin ser totalmente coherentes sino contradictorios, y, en esta medida, a diferencia de Offe, la contradicción, el desfase y la desarticulación serían parte del proceso de formación de clase y de sus identidades cuando éstas llegan a constituirse. En otras palabras, la homogeneidad entre los mundos de vida está ausente en los procesos históricos de formación de clase, aunque hay espacios de experiencia más importantes que otros —aunque no estén siempre articulados e incluso apuntando hacia subjetividades diferentes—; experiencias comunes pero no necesariamente homogéneas ni coherentes entre todos los espacios.

En esta conformación de identidades de sujetos históricos

tiene un aspecto central la identificación de intereses comunes frente a los de otros hombres. la identidad nace del proceso de la experiencia en diferentes espacios. Analizables como una totalidad no funcionalista sino contradictoria, cambiante en jerarquías entre espacios, en donde hay algunos más influyentes en la conformación de identidades y otros en menor medida. La identidad es una resultante de fuerzas en que no todas apuntan en el mismo sentido para el mismo sujeto.

3. Toyotismo y postmodernidad: ¿fragmentación de identidades o constitución de nuevas?

A diferencia de lo que plantea Offe no hay una sola lectura del significado y las tendencias de las transformaciones postindustriales. Una extrema sería la lectura postmoderna que pone el acento en la fragmentación del yo y de la cultura, del sujeto, de las identidades. La sociedad postmoderna sería de la vivencia en lo sincrónico, en el simulacro, la no existencia de proyectos globales. Esta concepción tiene un trasfondo importante: la negación de la antología del todo articulado que es supuesto común en las concepciones y teorías modernas; la constatación de la crisis de los grandes discursos, y la síntesis del relativismo epistemológico que se fue acumulando desde los sesenta.

Pero la otra lectura es la del toyotismo, en donde, a diferencia del diagnóstico postmoderno, la globalización y competencia acrecentadas en el mercado estarían provocando articulaciones más estrechas entre cadenas de empresas (redes vinculadas por el justo a tiempo) y entre clientes y proveedores (la filosofía del cliente-proveedor). Asimismo, a diferencia de Offe se plantea la constitución de una nueva ética del trabajo —no la protestante del primer capitalismo sino la confuciana— con la idea de que el trabajador debe involucrarse física y culturalmente en la empresa, tener iniciativa, trabajar en equipo, ser propositivo. Además, la producción debe articularse con los espacios de reproducción extrafabriles, con la familia, el ocio y el tiempo libre, en una nueva totalidad articulada y a la vez flexible, con fuertes componentes de identidad entre los

diferentes actores. Dice Womack⁸ que lo básico de los nuevos sistemas productivos es por un lado transferir el máximo de tareas y responsabilidades al trabajador y por el otro un sistema de obligaciones recíprocas y una nueva identidad. No es gratuito que, relacionada con esta lectura muy diferente a la de la postmodernidad que habla de nuevas articulaciones entre mundos de vida con centro en la producción y de nuevas identidades centradas en la empresa, haya un auge en la investigación y conceptualización de las culturas del trabajo, tanto de la empresa como totalidad articulada, como de los gerentes y obreros.⁹

La misma sociología de las organizaciones ha seguido la siguiente transformación: del planteo de la organización como modelo ideal a implantar, a un tipo de estructura que se adapta a los cambios en el entorno y que, finalmente, da mayor importancia en la organización a la creación cultural.¹⁰ En esta última perspectiva se plantea que la empresa puede tener una identidad que la distingue de las demás y que dependiendo de dicha cultura se pueden tomar diferentes decisiones o establecer estrategias productivas y no sólo en función de los objetivos de rentabilidad. Todo esto cuestiona las visiones neoclásicas y de elección racionales en la toma de decisiones. Así, se llevan a la empresa, para el análisis sus diferentes actores, los aportes de las ciencias de la cultura y se identifican sus valores, ritos, mitos, costumbres, tradiciones, discursos.¹¹ Es decir, la empresa es vista en estos momentos como espacio de creación cultural tanto desde el punto de vista cognitivo (saberes cotidianos para interpretar y decidir), como en lo simbólico (compartición de sentidos).¹²

8. J. Womack, *La máquina que cambió el mundo*, McGraw-Hill, México, 1990.

9. M. Therent, *Auditoría de la cultura empresarial*, Díaz de Santos, Madrid, 1991.

10. D.R. Denison, *Cultura corporativa*, Legis, Bogotá, 1991.

11. B. Berger, *La cultura empresarial*, Gernika, México, 1992.

12. R. Keat (ed.), *Enterprise culture*, Routledge, Nueva York, 1991.

4. Estructuras-experiencias y subjetividades: el replanteo del problema en torno a la experiencia laboral

Con respecto a la constitución de subjetividades hay dos grandes soluciones que nos parecen insatisfactorias:

— La estructuralista, situacionista y holista que supone, por un lado, que la situación en las estructuras determina subjetividades y formas de acción; además, que la sociedad se impone al individuo y éste adopta las subjetividades de la sociedad.

— La del actor racional que niega la pertinencia de las estructuras al suponer a la sociedad como reducible a los individuos; individuos estratégicos sin raigambres culturales, que accionan movidos por el máximo beneficio en jugadas sucesivas. La identidad colectiva, cuando se acepta, sería una suma de identidades individuales, utilizada como un recurso más para obtener máximo beneficio de acuerdo con los recursos utilizados.

En la primera perspectiva las identidades son introyectadas socialmente, impuestas por la sociedad; en la segunda, son simples recursos estratégicos que el actor puede utilizar para mejorar su juego.

En otra versión de la relación entre subjetividades, acciones y estructuras, estas últimas no son negadas puesto que la sociedad no se reduce a los individuos, aunque su eficiencia sobre éstos sea menos concluyente que lo concebido en las versiones holistas. Los sujetos no actúan ni dan significado sólo por su situación en las estructuras, pero para actuar pasan por el proceso de dar sentido y decidir los cursos de la acción. La subjetividad no es una estructura que da sentido de uno a uno, sino un proceso que pone en juego estructuras subjetivas parciales (cognitivas, valorativas, de la personalidad, estéticas, sentimentales, discursivas y de formas de razonamiento); subjetividad con estructuras parciales en diferentes niveles de abstracción y profundidad que se reconfigura para la situación y decisión concretas. Es decir, no cabe hablar del

contenido abstracto de la subjetividad sino de la subjetividad como proceso de dar sentido para determinadas situaciones. Además, es inútil buscar en la subjetividad total coherencia ni el concepto de sistema es el más útil para analizarla.

En oposición, proponemos el de *configuración* que se crea para la situación concreta; que puede reconocer regularidades por las rutinas prácticas, pero sin formar un sistema. La subjetividad en otras palabras puede reconocer la discontinuidad, la incoherencia y la contradicción. La identidad entendida como forma específica de subjetividad en tanto sentido de pertenencia colectiva, con sus signos compartidos, su memoria colectiva, sus mitos fundacionales, su lenguaje, su estilo de vida, sus modelos de comportamiento y en niveles superiores sus proyectos y enemigos compartidos; esta identidad, como la subjetividad, puede reconocer niveles desde los más ambiguos hasta los más decantados y, en esta medida, aceptar la pregunta sobre la identidad implica especificar para qué espacios de acción.

¿Cómo analizar desde esta perspectiva el problema de la constitución de subjetividades e identidades colectivas?

La subjetividades e identidades pueden cambiar en función de dos tipos de procesos. En primer lugar, el de las transformaciones moleculares de las experiencias cotidianas con la siguiente salvedad: una práctica social es siempre significativa, es decir, no hay año cero de la subjetividad, las prácticas llevan implícitas significaciones. En otras palabras, no es pertinente la hipótesis empirista de que la práctica pura genera subjetividades a través de las sensaciones ya que en parte son socialmente constituidas. Pero, a diferencia de las concepciones holistas extremas que reducirían lo individual a lo social significativo, podemos plantear que hay capacidad individual o grupal de construir configuraciones significantes alternativas a las rutinarias dentro de ciertos límites y que es admisible la posibilidad de creación subjetiva, en una primera instancia molecular, a partir de nuevas experiencias significantes.

La capacidad de creación subjetiva en términos específicos puede entenderse como asimilación molecular de elementos subjetivos cognitivos, valorativos, sentimentales, de la personalidad, estéticos, discursivos, o de formas de razonamiento; o bien la re-jerarquización y la ruptura entre elementos. Este

proceso molecular que nace de la experiencia cotidiana retroalimenta a dicha experiencia, sin que nunca exista la experiencia pura o separada¹³ de la significación. La transformación molecular de las prácticas y subjetivaciones puede conducir a la transformación de la identidad. Transformación tanto en el sentido de su reforzamiento con nuevos vínculos como de su disolución.¹⁴

Pero el individuo en situaciones extraordinarias puede verse sometido a prácticas que salen radicalmente de lo cotidiano, por ejemplo a través de su participación en movimientos sociales. En estas condiciones aparecen espacios de experiencia inéditos para el individuo que desencadenan procesos rápidos de creación subjetiva, asimilaciones bruscas, resemantizaciones, re-jerarquización de elementos, rupturas subjetivas, emergencia de zonas fosilizadas o sumergidas. Se pueden producir estos cambios subjetivos bruscos porque las configuraciones cotidianas no son suficientes para dar cuenta de las nuevas experiencias. En el movimiento social la reconstrucción de la subjetividad se da como fenómeno colectivo con fuertes interacciones cara a cara en sentido físico o simbólico y en esta medida aumenta la posibilidad de forjarse una nueva identidad o de reforzar aquellas que nacen de la cotidianidad, de tal forma que pueden llegar a conformarse sujetos sociales y éstos, en sus nuevas experiencias, ascender o decaer.

En cuanto al problema de la relación entre recambio subjetivo y trabajo podemos decir otro tanto. La experiencia de trabajo para muchas gentes es todavía importante en el total de su tiempo de vida, pero el trabajo coexiste en los trabajadores con otros espacios de experiencia como los de la vida en el sindicato (cuando lo hay), con la reproducción externa al trabajo (familia, ocio, tiempo libre, relaciones de amistad y parentesco, la vida en el barrio), y en ocasiones con la experiencia en la política pública o en los partidos políticos.¹⁵

13. G. Marshall, «Some remarks of the study of working class consciousness», *Politics and Society*, 12, n.º 3 (1983).

14. S. Herkonmer, «Conscience et position dans le procès social de reproduction. Rapports de médiation».

15. Marco A. Leyva, *Modernización y sindicalismo en FFNNM*, tesis en opción al grado de Maestro en Ciencias Políticas, Instituto J.M. Mora, 1991.

La clase obrera por supuesto no es homogénea ni en espacios de experiencias, ni en cuanto a las prácticas que se emprenden en cada espacio. Por ejemplo, la vida en el trabajo puede ser diferente según las características tecnológicas, organizacionales, en relaciones laborales de los trabajadores; también dependiendo de su calificación, etc.¹⁶ Las diferencias también pueden ser nacionales, regionales o locales. Pero la heterogeneidad de la clase obrera y de sus mundos de experiencia no es una novedad en la sociedad postindustrial; sus componentes específicos sí lo son.

Los diversos espacios de existencia de los trabajadores pueden estar articulados o no, pueden ser exclusivos de los trabajadores o compartirlos con otras clases sociales. El problema de la articulación entre espacios puede ser espontáneo o construido voluntariamente. Es decir, a veces los sujetos pueden llegar a articular lo no articulado. Por ejemplo, el sindicato que desborda el ámbito de la fábrica y participa en las luchas ecológicas o en el espacio urbano; o bien la empresa que lleva el control del trabajo hasta la familia del trabajador, al tiempo libre, al ocio, a la religiosidad, etc.

Dentro de este panorama de multiplicidad de experiencias de la vida obrera, que pueden vincularse con su subjetividad, hay espacios que pueden estar o no articulados, pueden ser articulables en forma voluntaria o no, pueden ser exclusivos de una clase o compartidos con otras, ¿cuál es la importancia del trabajo en la constitución actual de subjetividades? La pregunta no puede contestarse *a priori*, pero tampoco es obvia la respuesta que menosprecia la vida laboral. La sociedad capitalista sigue siendo, a pesar de los planteamientos de Offe, una sociedad de asalariados. Con todo y sus transformaciones el trabajo capitalista sigue caracterizado por el comando (aunque con nuevas formas) del capital; por la división del trabajo (aunque diferente a la taylorista), y por la cooperación entre hombres en el proceso productivo para lograr los objetivos de la producción.

Es decir, la empresa capitalista con todo y las concepciones

16. Fernando Herrera, *Reestructuración empresarial y respuesta obrera en DINA*, tesis en opción al grado de Maestro en Sociología del Trabajo, UAMI, 1992.

toyotistas implica una distribución asimétrica de beneficios y de poder que abre la posibilidad del conflicto. Además, la producción capitalista implica una disciplina y una cooperación como aspectos importantes de la experiencia en este mundo de vida. Con el toyotismo surge una nueva ética del trabajo, se busca una nueva identidad y la fábrica se extiende a la sociedad intentando articularla en torno a los objetivos de la producción. No por ello la fábrica se vuelve totalitaria, pero sí expresa contratendencias a la fragmentación postmoderna, aunque no por iniciativa obrera sino del capital.

La reestructuración capitalista está significando dos tipos de grandes cambios en los mundos del trabajo. Por un lado, en el trabajo formal la introducción de nuevas tecnologías, nuevas formas de organización del trabajo, la flexibilidad interna y cambios en calificaciones. Por el otro, la precarización de una parte del mercado de trabajo: empleo informal, a tiempo parcial, subcontratación, etc. En ambos casos cambian las experiencias del trabajo, por lo que sería aventurado afirmar *a priori* que estas transformaciones no tienen impactos subjetivos y en las identidades. Valdría la pena analizar si hay la posibilidad de nuevas identidades a partir de dichas transformaciones.

En conclusión, el trabajo, aunque no tuviese la centralidad que imaginaron los clásicos del marxismo, sigue siendo suficientemente importante para la mayoría de los habitantes del mundo capitalista como para sostener que es un espacio de experiencias que, junto a otros, contribuye a la rutinización o reconstitución de subjetividades e identidades. Ciertamente hay nuevas heterogeneidades en los mundos de vida de los trabajadores, pero también las hubo en otras épocas aunque con otras características. Posiblemente nunca existió un sujeto obrero igual a la clase obrera ni podía existir. Ahora tampoco es posible hablar de un solo sujeto obrero posible: los diversos mundos de vida y las diversas subjetividades fosilizadas lo impedirían.

Pero el reconocimiento de todo lo anterior es diferente a plantear la imposibilidad de la conformación de frentes entre sujetos obreros y no obreros o negar la conformación de hegemónías en el sentido gramsciano, como capacidad intelectual

y moral de dirección. Las dos tradiciones académicas que en términos específicos buscaron vínculos entre trabajo y subjetividad pueden ser ahora recuperadas en nuevos términos. La sociología del trabajo elaboró finos instrumentos conceptuales y metodológicos para investigar la relación entre vida de trabajo y subjetividad, pero no logró extender su análisis a los espacios extrafabriles; la historia inglesa del movimiento obrero vinculó de manera flexible y creativa diversos espacios de vida para explicar subjetividades y acciones colectivas, pero el proceso de subjetivación quedó más o menos oscuro. Queda pendiente como paso adelante que supere la decepción y el estancamiento postmoderno, la investigación de las configuraciones subjetivas predominantes entre los diferentes agrupamientos obreros, las relaciones entre aquellos elementos y las formas de razonamiento con la vida del trabajo y de cómo las configuraciones pueden estar cambiando a través de la gran reestructuración de los mundos laborales que no se reducen a la introducción de nuevas tecnologías o formas toyotistas de organización, sino que implican un recambio más amplio en el mercado de trabajo al que aludimos al inicio del ensayo.